

el hombre casi siempre engañado ó seducido de falsas apariencias, ó por los sofismas de su espíritu, perecería mil veces víctima de sus vanos discursos, antes de llegar á descubrir las verdades convenientes á su naturaleza, y necesarias á su conservación, porque ellas le asombran y confunden, aun cuando las conoce con certidumbre, y las cree con entera fe. ¡Objeto grande de meditacion para quien sabe reflexionar! el instrumento de un suplicio ignominioso, la Cruz levantada en medio de los pueblos, detiene la efusion de sangre, é inspira al hombre una dulzura celestial. Se echa abajo la Cruz, preséntase en su lugar á la adoracion pública un símbolo de la voluptuosidad, y en el momento la sangre corre á rios, un furor nunca visto se apodera de los corazones, y los primeros sacrificios ofrecidos al idolo obscuro son hecatombes¹ de víctimas humanas.

Hay verdades y errores que son á un tiempo religiosos y políticos, porque la Religion y la sociedad tienen un mismo principio, que es Dios, y un mismo término, que es el hombre. Así un error fundamental en Religion, lo es tambien en política, y recíprocamente. Si existiese pues un error destructivo del poder ó autoridad en la sociedad religiosa, este error, el mas general ó vago que se quiera imaginar, deberá igualmente ser destructivo del poder y autoridad en la sociedad política²; y en efecto, así nos lo demuestra prácticamente la historia de la revolucion francesa. El hombre, en virtud de su soberanía, se subleva y levanta contra Dios, se declara *libre é igual á él*; en virtud del mismo derecho, el

1 Así llamaban á los sacrificios en que se degollaban cien víctimas.

2 Hé ahí la razon porque los jansenistas y sus secuaces són y tienen que ser siempre revolucionarios: como yerran en su fin, que es deprimir y quitar la autoridad del papa igualándolo con los obispos, y deprimir la de los obispos igualándolos con los curas y simples presbíteros, figurándose en su delirio que este es el mejor gobierno, de necesidad hacen la aplicacion á los gobiernos civiles, entablado en ellos las mismas máximas. La Francia é Italia en sus revoluciones nos han dado de ello elocuentes testimonios, y entre nosotros véase si todos los que estaban tildados de jansenistas no han sido constitucionales.

vasallo se levanta contra su rey, y se declara *libre é igual á él*. A nombre de la *libertad* se echan abajo la constitucion, las leyes, todas las instituciones políticas y religiosas; en nombre de la *igualdad*, se anula, se borra toda jerarquía, y toda distincion religiosa y política. Clero, Nobleza, Magistratura, Legislacion, Religion, todo se desploma de una vez, y hubo un momento en que todo el orden social se halló concentrado en un solo hombre. En tanto que este *hombre-poder*¹, mediador entre Dios y el hombre en la sociedad política, como el *Hombre-Dios* lo es mediador entre Dios y el hombre en la sociedad religiosa; mientras tanto, repito, existia este hombre, no estaba todo desesperado, y el orden, retirado, por decirlo así, en él, podia salir un dia, y volver á aparecer en lo exterior por un solo acto de su poderosa voluntad. Se conoció esto, y su muerte, resuelta desde aquel instante, fué como la última ruina que debia consumir y eternizar todas las otras. Desde el deicidio de los judíos no se habia cometido jamás crimen mas enorme; porque el asesinato mismo de la inocencia no puede comparársele. Cuando Luis XVI subió sobre el cadalso, no fué solamente un mortal virtuoso el que sucumbió y cayó bajo la rabia de algunos malvados; fué el poder, la autoridad misma, imágen viva de la Divinidad de quien dimana; fué el principio del orden y de la existencia política; fué la sociedad entera quien pereció.

Y ciertamente no se pudo dudar de ello, cuando se vió colocar el derecho de rebelion en el número de las leyes fundamentales del Estado, y consagrar la *insurreccion* como el *mas santo de los deberes*, como la *obligacion mas santa*. Nunca jamás en el trascurso de las edades precedentes, se vió á ningun pueblo llegar á este portentoso exceso de delirio, de protestar en el principio de su constitucion contra toda especie de gobierno: este absurdo incomprensible estaba reservado al siglo de la razon. Entonces, sobre las ruinas del altar y del trono, sobre los huesos del sacerdote y del monarca, comenzó el reino de la fuerza, del odio y del *terror*, cumpliéndose espan-

1 Así lo personifica el autor, y no hallamos voz con que poder expresar la idea de un rasgo solo.

tosamente aquella antigua profecía : « Un pueblo entero » se arrojará con violencia, hombre contra hombre, y » cada uno contra su vecino: tumultuosamente se levanta » tará el joven contra el viejo, y el plebeyo contra el » noble.... por cuanto la lengua de ellos y sus designios » son contra el Señor¹. » Seria necesario para pintar esta escena espantosa de desórdenes y maldades, de disolución y carnicería, esta orgía de doctrinas, este choque confuso de todos los intereses y de todas las pasiones, esa mezcla de proscripciones y fiestas impuras, esos gritos de blasfemia y esos cantares siniestros (*patrióticos*)², aquel ruido sordo y continuo del martillo que demuele³, y de la hacha que hiere las víctimas, y aquellos terribles y desentonados clamores, y aquella algazara feroz⁴, anuncio lúgubre de una vasta mortandad, tantas ciudades vívidas de habitantes, aquellos rios cubiertos de cadáveres, tantos templos y pueblos reducidos á cenizas, tantos asesinatos en fin, y voluptuosidad juntos, tantos placeres obscenos y vergonzosos con tantas lágrimas y sangre; seria necesario pedir al infierno sus coloridos y su lengua, como algunos monstruos la usurparon sus furiosos⁵.

1 El irruet populuz, vir ad virum, et unusquisque ad proximum suum: tumultuabitur puer contra senem, et ignobilis contra nobilem... quia lingua eorum et adinventiones eorum contra Dominum. *Isai.* III, 5, 8.

2 El *ça ira*, que equivale á *trágala*, y el *vive le son* de la *Carmagnole*, que tan bien supo imitar el *lairon*, etc., para que se vea cuales aun en esto eran los modelos.

3 Mil y doscientas libras gastó la filósofa y económica Francia solo en picar los bajos relieves del famoso templo de santa Genoveva, y arrancar las estatuas de los santos del antiguo y nuevo Testamento que le adornaban, y hacian de él uno de los mejores templos del mundo; ¿y para qué? para convertirlo en un *panteon nacional*, sustituyendo en lugar de santa Genoveva á un Mirabeau, que murió podrido de gálico, y recibir á un Marat, un Rousseau, etc., y á todos los furiosos hijos de la filosofía; mereciendo con toda razon el título, no de *panteon*, sino de *muladar nacional* que le dieron los buenos.

4 De *Constitucion* ó *muerte*, *mueran los birretes*, *l'aristocrate á la lanterne*, etc. Véase la Historia de la revolucion francesa por *Grimaud*, y se hallarán tales fórmulas y otras semejantes.

5 Véanse las notas de las págs. 342 y 443, y por aquellos leyes ras-

« Si el mundo, habia dicho Voltaire, hubiese de ser » gobernado por ateos, seria lo mismo que estar bajo » el imperio inmediato de los demonios, de aquellos » seres infernales que se nos pintan encarnizados contra » sus víctimas¹. » Gobernaron los ateos la Francia, y en el espacio de algunos meses amontonaron en ella mas ruinas que un ejército de tártaros habria podido dejar en toda Europa, á los diez años de su invasion. Nunca jamás, desde el principio del mundo, fué dado al hombre tal poder de destruccion. En las revoluciones ordinarias el poder se disloca, pero desciende, cae poco. No así cuando triunfó el ateismo. Como si hubiese sido necesario que bajo el imperio exclusivo del hombre, todo tomase un carácter particular de envilecimiento, la fuerza huyendo de las nobles y altas partes del cuerpo social, se precipitó entre las manos de sus miembros mas viles; y su orgullo á quien todo ofendia, nada escaseó, nada perdonó. No perdonaron al nacimiento, porque ellos habian salido del polvo de la tierra; no á las riquezas, porque hacia largo tiempo que las codiciaban y envidiaban; no á los talentos, porque la naturaleza se los habia negado todos: no á la ciencia, porque se veian profundamente ignorantes²; no á la virtud, porque estaban cubiertos de crímenes: en fin, ni al crimen mismo, siempre que este les anunció alguna especie de superioridad. Empezar á colocar todas las cosas á su mismo nivel, era empeñarse en aniquilarlas todas. Así desde aquel momento, *gobernar*, vino á ser lo mismo que proscibir, confiscar y proscibir de nuevo. La muerte se

gos se podrá venir en conocimiento de las atrocidades cometidas. La Vendée, Marsella y Leon arrasadas, para que el viajero, segun la expresion de su verdugo Collot, viniese á contemplar sobre sus ruinas, y en lugar de sus hermosos edificios recrease su vista con algunos toscos monumentos, levantados á la gloria de los amigos de la libertad, nos recuerdan á nosotros las Provincias, Cataluña, y aquel negro paredon, único resto de donde estuvo Castelfollit.

1 *Homel, sur l'atheisme.*

2 « No estoy seguro, decia La Harpe, que nuestros filósofos sepan muchas cosas que los otros hombres no saben; pero me atrevo á asegurar que en sus libros á cada paso tienen aire de ignorar lo que todo el mundo sabe. »

redujo á sistema hasta en las pequeñas poblaciones; y acabando con decretos lo que se habia comenzado con puñales, se sacrificaron al exterminio clases enteras de ciudadanos ¹. Con la concesion del divorcio se estremeció y conmovió el fundamento de las familias; se atacó hasta el principio mismo de la poblacion, concediendo recompensas públicas á la disolucion ².

En el entretanto el aborrecimiento al órden, considerándose demasiado estrecho en este vasto teatro de destruccion, rompe sus barreras, y va á amenazar á todos los Soberanos de Europa sobre sus mismos tronos. El ateismo tuvo sus apóstoles, y la anarquía sus *Seides* ³.

1. Los primeros los sacerdotes y clero, como que la guerra era contra Dios; despues los nobles, como que se trataba de desgarnecer el trono para derribarle á su salvo.

2. La sabiduría de los legisladores de 1793 juzgó á las mujeres públicas, ó como ellos las llamaban, á las *doncellas-madres* (*les filles-mères*), tan útiles al estado, que se propuso asignarlas pensiones sobre el erario. Sin duda consideraban en ellas á las *sacerdotisas de la razon*, y para conservar la divinidad era preciso dotar su culto. Carlos Villete, casado con una sobrina de Voltaire, y mas bien ciego adorador de este que discípulo, fué el que en la Convencion reclamó la proteccion de la ley á favor de las dichas jóvenes que se prostituyesen, pidiendo premios para ellas. Y ¿qué otro discípulo podia salir de tal maestro? En efecto, la ley autorizó para vivir con el fruto de la corrupcion de las costumbres públicas, como de cualquiera otro oficio, á toda mujer perdida que queria traficar con su honor; y bastaba para que se la absolviese la confesion que hacia ante el juez de esta profesion detestable: « Id, dijo, á una de » ellas benignamente uno de aquellos Catones, usad de vuestra libertad; pero no turbeis el órden » como si poner en pública su- basta por una parte, y estimular por otra una disolucion, que es el azote de todas las virtudes, y el incentivo de todos los delitos, no fuese el último ultraje que pudiera hacerse al órden social. P. Laso, en la nota 20, t. II. — No se olvidó tampoco esto á nuestros legisladores; pues ya se hizo la mocion en las Cortes, de que se restableciesen las *mancebías públicas*. Bonaparte despues llegó á imponer contribucion sobre esta vergonzosa industria, un tanto al año de cada una de ellas. ¡Qué modo de fomentar las costumbres públicas! propio solo de la filosofia del siglo XIX.

3. En el furor de las horrosas convulsiones con que la impiedad filosófica agitaba la Francia, Juan Bry pretendió que se formase un batallon de mil doscientos asesinos con el nombre de tiránidas,

Convertida la guerra en bárbaros ataques de salvajes, se decretó no dar cuartel á los prisioneros. El honor del soldado se estremece á tal determinacion, y se niega á cumplir esta órden bárbara. Pero fuera de los campos de batalla, ni aun la niñez pudo desarmar la rabia, ni enternecer á los verdugos. Mi alma se fatiga al recordar tantos y tan inespiables horrores. La Francia cubierta de ruinas, presentaba la imágen de un inmenso cementerio, cuando..... ¡cosa admirable! hé aquí que en medio de estas ruinas las cabezas mismas del desórden, sobrecogidas de un terror repentino, retroceden asombradas como si el espectro de la nada se les hubiese aparecido. Sintiendo que una fuerza irresistible los arrastra á ellos mismos al sepulcro, su orgullo cae por tierra de improviso: vencidos por el terror, proclaman precipitadamente la existencia del Sér Supremo, y la inmortalidad del alma; y puestos de pié sobre el cadáver palpitante de la sociedad, llaman á grandes gritos á aquel Dios que solo puede reanimarla.

Basta: ¿Qué se podria añadir á este ejemplo eternamente memorable? El raciocinio, la autoridad, la experiencia están de acuerdo para demostrar que la Divinidad es el primer objeto, el primer interés de las naciones, y la razon de su existencia, y que toda filosofia irreligiosa conduce apresuradamente á destruir el órden social, la felicidad de los pueblos y á los pueblos mismos. Probáremos ahora que sola la Religion los conserva, y guia y conduce á la felicidad, estableciéndolos en un estado conforme á la naturaleza de la sociedad.

destinados á quitar la vida á todos los monarcas de Europa, ó jefes de los diferentes Estados; y parece que aun no se ha olvidado esta bárbara proposicion. Los periódicos de Paris de 24 de octubre de este año próximo pasado de 1826 hablan de los puñales fabricados en Arau el 1823 con las inscripciones: unos de *ad mortem Alexandri*: otros, *ad mortem Francisci, Ludóvici decimi-octavi, Ferdinandi septimi, etc.*: otros con las de, *pereant reges, pereant nobiles, pereant sacerdotes*. La conjuracion estallada en Rusia á la subida al trono del emperador Nicolas lo acredita bien, y los procesos de ella (*L'Etoile*, 24 de octubre de 1826).